

tencia de los evangelios en los tiempos apostólicos, pues así lo confiesan, aunque pretenden explicarlos a su manera.

Si los evangelios no hubieran sido escritos, dice Hettinger, Teología Fundamental página 281, por testigos presenciales, y, por consiguiente, de la época en que sucedieron los hechos que narran, no poseeríamos sobre los Santos Lugares, y, especialmente, sobre Jerusalén, que en el año 70 fué convertida en un montón de escombros, tantos detalles y tan circunstanciados como los que nos ofrecen los evangelios. La cuestión sobre los tributos no pudo suscitarse sino en vida de Jesús, ni antes ni después, las noticias sobre monedas griegas, romanas, hebreas, los nombres geográficos que tantas modificaciones recibieron; el reflejo de las ideas y costumbres de griegos, romanos y judíos habrían sido otras tantas ocasiones de errar para escritores de fecha posterior. Los evangelios en cambio están en perfecta consonancia hasta con los detalles más insignificantes, como consta a muchos protestantes que hicieron examen crítico de los evangelios con el propósito preconcebido de encontrar errores en los mismos.

Nadie niega que en los libros sagrados de ediciones antiguas comparados con las de ediciones modernas haya algunas discrepancias en cosas accidentales, esto es propio de todas las obras humanas. Pero en lo substancial no han podido corromperse los libros sagrados, porque los santos padres citan los textos de dichos libros con las mismas palabras con las que nosotros las citamos.

Agrégase a esto (3) que los Evangelios, como todos los escritos del Nuevo Testamento, así por razón de sus autores, como de la doctrina cristiana que en ellos se expone, no pueden considerarse como escritos de carácter privado, sino que tienen carácter oficial. Como escrito por los Apóstoles en el desempeño del cargo que ejercían en la Iglesia, fueron recibidos, conservados y acreditados por los jefes de las iglesias en concepto de tales, y leídos en ellas para sustituir la voz de los apóstoles ausentes y, por tanto, se usaron pública y oficialmente, siendo difícilísimo corromperlos. El origen, la importancia y el uso de las Sagradas Escrituras, explican el cuidado exquisito con que la Iglesia ha velado por su integridad.

Que son verdaderas las narraciones evangélicas se deduce por el conocimiento que de ellas tenían los evangelistas, pues, S. Juan y S. Mateo fueron testigos oculares, y S. Marcos y S. Lucas fueron testigos de oídas de los testigos oculares, por lo cual pueden dar hasta los más pequeños detalles, como «a un tiro de piedra de aquel sitio» y «cuando aun estaba hablando le cortó la oreja derecha, etc.»

No eran los apóstoles demasiado crédulos, recuérdese a Sto. Tomás. Además referían hechos públicos y hechos sobre los cuales los racionalistas para depurarlos no hubieran empleado más medios que los que emplearon los enemigos de Jesús.

No olvidaremos lo sucedido en el caso de la curación del joven ciego de nacimiento.

La sinceridad y la sencillez se deduce de la sobriedad de la narración.

Además no había nada que pudiera estimularles para desfigurar los hechos, pues no podían esperar sino el odio de los judíos y las burlas de los gentiles.

Las contradicciones aparentes de los evangelios en algunos pormeno-